DISCURSO INAUGURAL

EN LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA.

12.

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

El dia 1.° de Octubre de 1859

en la

UNIVERSIDAD DE GRANADA,

POR EL DOCTOR

D. JULIAN GARCÍA VALENZUELA,

DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO.



GRANADA:

Imprenta de Don Juan María Puchol.

1859.

Ilmo. Señor:

Transcurrido el tiempo que la ley concede al conveniente descanso de los trabajos literarios, nos reune hoy para inaugurar su continuacion, abriendo las puertas del augusto santuario de las ciencias. La solemnidad de este acto significa el aplauso debido á la brillante aurora del nuevo dia en que los ilustrados profesores derramarán la luz de la doctrina en las inteligencias de los alumnos anhelosos de alcanzar la suma de conocimientos que constituyen la plenitud científica de sus carreras. Védlos agolparse con afan á este recinto llenos de ardiente juvenil entusiasmo, reflejando en sus rostros el noble deseo de ensanchar ilimitadamente sus conocimientos y llegar á obtener el envidiable renombre de sábios: y tal vez

acarician con especialidad tan lisonjero pensamiento los que, venciendo en el literario palenque, han merecido el noble premio que en breve ostentarán gozosos y que al recibirlo con mano trémula, imprimirá un rayo de imperecedera gloria en sus enardecidas frentes: y el digno competidor aplaudirá sinceramente, y émulo del triunfo se propone redoblar sus estudiosos esfuerzos para obtenerlo á su vez; y todos tienen una misma aspiracion, que es la sabiduría como fin y un mismo deseo, que es el del estudio, como medio necesario para adquirirla.

Hé aquí, Ilmo. Señor, espuesto el tema de mi breve discurso; pero al dirijiros, para esplanarlo, nuevamente mi desautorizada voz desde este sitio donde eminentes profesores han dejado escuchar las suyas tan ilustradas como elocuentes, justo es que, reconociendo mi inferioridad, reclame ante todo vuestra benigna indulgencia.

La constante actividad del espíritu humano solo descansa tranquila y satisfecha en el fecundo seno de la ciencia. Despues que las impresiones que el hombre recibe por los sentidos le dan á conocer la existencia de objetos que afectan y modifican su manera de ser, se reconcentra en su sentimiento íntimo y, haciendo uso sucesivamente de las facultades de su espíritu, los examina para conocerlos, los compara para distinguirlos, y al reflejar

sobre ellos una doble atencion decide sobre su bondad ó inconveniencia, partiendo de un principio de utilidad que mas adelante acepta ó rechaza segun que la esperiencia ó la razon ratifican ó contradicen el concepto de bueno y conveniente. La série de estas operaciones facultativas del espíritu, constituye el conocimiento de las cosas, ó sea el sentimiento de su existencia con relacion á nuestra manera de ser. Las necesidades del hombre en el órden físico, moral é intelectual que forman sus especiales modos de sentir, aunque pueden considerarse innumerables é indeterminadas se comprenden, sin embargo, en estas dos palabras, «vida, felicidad.» Todos sus pasos, sus esfuerzos todos, las diferentes aplicaciones de su inteligencia, no tienen mas objeto que *vivir y ser feliz*. Estos son los misteriosos conceptos que encierran el simpático llanto del niño al nacer, y el último ¡ay! del anciano que agoviado por los años se derrumba en el sepulcro. La satisfaccion de tantas necesidades como se comprenden en aquellas dos palabras es el objeto de todas las acciones humanas: objeto noble, justo, necesario, que impulsa y sostiene la incansable actividad del espíritu y hace que, abandonando con desdén lo conocido camine constantemente mas allá, y mas aun, hasta detenerse ante las veladas puertas de lo incomprensible: mas en medio de esta curiosidad instintiva del espíritu que

le permite batir en los espacios las brillantes álas de la inteligencia, no está condenado á derrumbarse como Icaro en el profundo abismo de los mares, ni á ver como Sísifo rodar y caer la piedra de su tormento cuando despues de sus congojosos afanes tocaba ya á colocarla en la cumbre de la montaña. No: mas seguro término, mas noble premio está reservado á los esfuerzos del espíritu humano que, conducido por la razon y reuniendo la suma de conocimientos de los objetos que ejercen influencia en su distinta manera de ser con relacion á las necesidades comprendidas en las palabras antes indicadas, ha entrado ya en la luminosa region de la ciencia, y podido en ella contemplar la realidad de los principios; porque la ciencia es la verdad, y en el brillante alcázar de esta hija del Cielo está la conciencia de lo bueno, de lo justo, de lo bello, y en su contemplacion está el placer del espíritu, está, en una palabra, la felicidad; por ello el sabio es grande, y rico poderoso, aun en medio de las desgracias que aflijen y combaten á la humanidad y que, sin embargo, no alteran el dichoso contento de su espíritu. La verdadera ciencia en cuanto acerca y relaciona mas al hombre con el Ser supremo, constituye el principal elemento de la felicidad en la tierra: el error, la duda, y la ignorancia, teniendo en contínua zozobra agitacion el espíritu, produciendo contradictorias tendencias

en la voluntad, y no permitiendo tranquilidad ni reposo despues de los trabajosos esfuerzos de la inteligencia, no pueden jamás constituir una situacion feliz, estable y duradera, y solo cuando mas, una ilusion mentida y pasagera, que desaparece apenas concebida para dejarle envuelto en mas tenebrosas sombras; no de otra suerte que refleja un instante el dia la funesta luz del relámpago en medio de la noche, para dejar despues el mundo en mas espantosa oscuridad.

Si la ciencia es de grande importancia considerada con relacion al individuo, todavia crece la utilidad de su influencia aplicada al estado social. Al paso que facilita la comunicacion de las inteligencias, perfecciona y eleva el instinto sociable hasta el punto de satisfacer suficientemente la necesidad de vivir feliz: se esfuerza en hacer de la moralidad y de la virtud una regla comun á los asociados, sacándolas de la reconcentrada esfera de la individualidad: apenas nace de la feliz union del sentimiento y de la inteligencia, se estiende, crece y eleva formando una brillante atmósfera que ilumina y dirije á la humanidad en el escabroso y oscuro decierto de la vida: acude á mejorar su penosa situacion, aminorando los males y dolores anejos á la existencia: enfrena los perniciosos ímpetus de las estraviadas pasiones, y aun le muestra para correccion ó consuelo ese

mas allá de la tumba, esa inmortalidad real que ha sido acaso mas de una vez objeto de su ardiente deseo, ó de su triste desaliento: con el concurso de las inteligencias crece y se aumenta en el transcurso del tiempo, y la generacion actual, poseedora de la ciencia de cincuenta y ocho siglos, resuelve atrevida los mas difíciles problemas y realiza lo que, si acaso estuvo en el pensamiento de alguna privilegiada inteligencia de nuestros mayores, fué considerado, por la multitud menos ilustrada, como el delirante sueño de una imaginacion calenturienta: Védlo sin embargo; las naves surcan rápidamente las olas contra la impetuosidad de los vientos: el espacio que separa á los pueblos y á las naciones se atraviesa y recorre en pocas horas, y la palabra apenas pronunciada, y el pensamiento apenas concebido, se deja oir y se conoce en el mas remoto punto del globo. De esta manera la ciencia ha principiado á realizar en nuestros dias la comunicacion universal del Ciudadano del mundo y dominado las poderosas resistencias de la naturaleza material. Estos sorprendentes acontecimientos no son debidos á otra cosa mas que á la inteligente aplicacion de los principios reconocidos y desenvueltos por las ciencias físicas que contribuyen eficazmente á ensanchar la esfera de los elementos necesarios para dar á la vida de la comunidad la mayor suma de conveniencias y placeres,

que constituye un grado de adelanto en el órden de la felicidad, porque tiende á satisfacer en lo posible el constante deseo de novedad que forma una de las leyes de la carrera de su existencia.

Yo no puedo desconocer en este momento, Ilmo. Señor, que la noble juventud que me escucha aspira entusiasmada á adquirir esos conocimientos que constituyen la ciencia, y á dar la mayor estension posible á los en que ya se halla iniciada para que, desterrada la oscuridad de la lignorancia, llegue á poseer la encantadora luz de la sabiduría; pero conozco tambien que no podrá nunca obtenerla sino por medio de la aplicacion constante y el estudio profundo. No basta examinar someramente los objetos para conocerlos; sino fijamos en ellos la mas detenida atencion, no podremos comprender bastante sus cualidades ni sus relaciones, su naturaleza ni sus afinidades; en una palabra, no tendremos conciencia de su ser: por ello el estudio debe ser meditado y reflexivo, pues solo así dará por resultado el verdadero conocimiento de las cosas, que es lo que constituye la ciencia, que consiste, como ántes he indicado, en la posesion de la verdad. La falta en el estudio de alguna de las condiciones espuestas ha de producir necesariamente, ó la carencia de conocimientos, que es la ignorancia, ó la perplejidad é irresolucion en el ánimo, que es la incertidumbre ó la

duda, ó lo que es todavia mas pernicioso, la equivocacion en la naturaleza, cualidades ó relaciones del objeto, que es lo que constituye el error. Para evitar tan funestos resultados, es indispensable que el estudio sea bien dirigido, no tan solo en el órden de la ciencia procurando adquirir antes que todo los conocimientos que forman con más generalidad los principios de la misma, para ir de este modo preparando el de aquellos que le sean peculiares y distintivos, sino tambien en el órden de la doctrina, cuidando de ofrecer solo como materia digna de estudio aquella que esté mas exenta de los errores que pueden estraviar lastimosamente la ardorosa inteligencia de la juventud. Sin esta conveniente, útil y necesaria direccion ¿qué resultados habria de producir el mas estudioso afan, la mas constante aplicacion? No siempre la esponja del rio bebe la linfa pura de la fuente en que se mece su cristalina cuna: el torrente que arroja la tempestad sobre la montaña ladera enturbia y encenaga las aguas, y entonces bebe las ponzoñosas que aquel arrastra en su violento curso: despues, sin embargo, de pasada la tempestad el cauce se limpia y purifica, y la esponja vuelve á llenarse del agua dulce y pura en su cristalino nacimiento; pero la inteligencia humana, una vez impregnada en el error ¿puede facilmente adquirir la verdad científica que por desgracia acaso nunca llegó á conocer? ó mas

bien, aquella primera idea equivocada que formó la base de sus erróneos juicios ¿no será un obstáculo casi insuperable para volver al camino que conduce al seguro conocimiento de la verdad? Hé aquí, Ilmo. Señor, porque el estudio debe ser bien dirigido para que el inocente y noble afan estudioso de la juventud no llegue á inculcarle funestos errores que, al paso que le hagan desmerecer el anhelado nombre de verdaderos sabios, le atraigan los incalculables males que aquellos necesariamente producen.

Nada mas perjudicial para la ciencia y para el estudio, que aspirar vana é indiscretamente á saberlo todo, pues los medios que se ponen en práctica para conseguirlo, que no pueden ser otros que el libre exámen de las diversas opiniones formadas sobre la materia que se trata de conocer, solo sirven desgraciadamente las mas veces para debilitar la eficacia de los verdaderos principios de la ciencia, haciendo difícil, sino imposible su recta y constante aplicacion, introduciendo en el ánimo la intranquila duda, la penosa incertidumbre que se convierten por último en funesto escepticismo, perdiendo la fé en la verdad y ahogando el entusiasmo del saber hasta que seducidos por el blando mentido alhago de la inercia, que pinta como innecesarios y aun peligrosos y perjudiciales los estudios constantes y profundos, concluye por enca-

denar la actividad estudiosa con los lazos de la fria indiferencia. Por ello es conveniente moderar y contener el irreflexivo deseo de saber, porque acaso en él se contiene un gérmen de vanidad y orgullo que es la venenosa espina que se oculta en el florido campo de la ciencia, que si bien en el principio cultiva con afan incansable y alhagüeños resultados el distinguido talento, acaso demasiado pronto puede producir aquellos tristes y desconsoladores efectos. Tratemos de conocer profundamente los principios fundamentales de las ciencias, que son simples y puros como la verdad, evidentes y perceptibles como la luz meridiana, fijos é inmutables como la divinidad de donde emanan, como las leyes que gravó con caracteres indelebles en los séres de la creacion, y no aspirando en nuestra orgullosa presuncion á proclamarnos Dióses cediendo á la tentacion del espíritu de las tinieblas, no perdamos jamás de vista ni apartemos de nuestro sentimiento el Santo principio de toda sabiduría.

Tal vez, Ilmo. Señor, la esposicion de las ideas ántes indicadas relativas á la conveniencia y aun necesidad de dirigir limitando el estudio á las doctrinas que, derivadas de los verdaderos y sólidos principios de las Ciencias, pueden considerarse únicamente como útiles y de felices resultados en su aplicacion, me haga disentir de opiniones

respetables que sostienen la conveniencia de estender ilimitadamente el círculo de los conocimientos humanos, estudiando las diferentes escuelas y doctrinas, siquiera sean erróneas y absurdas, para que empleando el racional criterio en el exámen y comparacion de todas ellas, pueda mas seguramente conocer la belleza de la verdad para amarla y seguirla, así como la deformidad del error para condenarlo y huirlo por un sentimiento repulsivo de la mas ilustrada voluntad. Por razonada que á primera vista aparezca esta opinion, ni la considero esencialmente fundada, ni útil ni conveniente en su aplicacion á los primeros estudios de la juventud. Si la sabiduría consiste en la posesion de la verdad, solo podrá adquirirse por medio de la demostracion de la misma en su bella y simple claridad, exenta y libre de los errores que la combaten y la desfiguran.

Conocidos suficientemente los principios fundamentales de las ciencias, despues que aplicado á su exámen el racional criterio, han penetrado en la region del sentimiento interno y formado la conciencia intelectual, la ampliacion del estudio á las opiniones y doctrinas erróneas, lejos de producír utilidad alguna es por demas perjudicial y embarazoso. Toda la actividad de la humana inteligencia solo tiene por constante objeto la adquisicion de la verdad, porque en ella está el bien y la calma y el

feliz reposo del espíritu: y cuando una vez adquirida descansa tranquilo en su posesion ¿habrá de escitarse nuevamente para lanzarse en la investigacion de los caminos del error, donde al impulso de la razon estraviada oscila la brillante luz de la verdad y acaso puede ocultarla del todo á su ofuscada vista? ¿Será mayor y mas convincente la verdad despues de haber conocido el error? No siempre la razon humana se ostenta firme é incontrastable: en la mezcla de bien y mal que constituye nuestra imperfecta naturaleza, no es constantemente seguro el triunfo del principio del bien: la senda del mal á que muchas veces nos arrastran las degeneradas pasiones nos seduce con su florido aunque pasagero encanto, y pervertida la voluntad acaso se decide por el error, sin atreverse á conocerlo, porque en él encuentra la disculpa del irregular proceder, porque alienta y adula las propensiones al mal aunque bajo contrarias apariencias, porque intenta sofocar el remordimiento ofuscando la conciencia, porque quiere arrancar del sentido íntimo la idea del verdadero bien, porque alhaga su orgullo hasta adorarse sacrílegamente, y cree emanciparse de la dependencia de Dios negando su existencia. Estos son muchas veces los funestos resultados del estudio del error que no siempre es combatido victoriosamente por el individuo; y si su flaca razon fluctúa y sucumbe, cae y se estingue

en ella la verdad y la ciencia y la turbulenta agitacion reemplaza á la tranquilidad del espíritu: en su penoso estado aspira á recobrar la calma que desgraciadamente perdiera; pero una vez lanzado en el oscuro camino del error, cree encontrarla en la negacion absoluta de la verdad: la erige en principio y abraza el funesto indiferentismo como única base de la ciencia: se juzga tranquilo, pero su tranquilidad es la muerte del espíritu, su calma la del sepulcro. ¿Qué le importa ya saber? Todo es falso, dice, aparente, quimérico: no hay verdad, no hay sentimiento íntimo, no hay conciencia; solo hay placer y dolor: todo cuanto conduzca al primero es bueno; todo lo que produzca el segundo es malo: Hé aquí su moral, esta es su ciencia. No creo necesario esponeros con mas estension las consecuencias de tales errores: demasiado las comprendeis, así como tambien que pueden surgir casi inevitablemente del irreflexivo estudio, de las estraviadas opiniones de hombres funestos á las ciencias, que adulando á las malas pasiones seducen y acaso arrastran á la multitud menos ilustrada, cubriendo las venenosas espinas de sus sistemas con flores mil de aparente belleza; y despues, cuando la triste realidad viene á sorprenderla en medio de sus lisonjeras ilusiones, cuando el viento asolador del infortunio ha deshojado aquellas flores y le punzan las mortales espi-

nas que encubrian, y recobrando aliento la conciencia grita por la verdad, solo abrazándola, solo abjurando el error, solo rompiendo las páginas donde se estudiara, se podrá recobrar la calma y la paz del espíritu volviendo al recto camino de la verdadera ciencia. ¿Qué importa, pues, haber querido saber tanto? Incidióse otra vez, como nuestros primeros padres, en la funesta tentacion de comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal; y al querer ser como Dióses se hundieron en el glacial abismo de la indiferencia, de donde solo ha podido sacarlos la desgracia y el remordimiento.

No se crea, Ilmo. Señor, que aspiro á que no se dén á conocer á la juventud estudiosa las diversas opiniones, de cuyo exámen y comparacion nace el convencimiento mas firme y voluntario de la verdad científica, pues de esto á la obsoluta libertad en el estudio hay en mi concepto una distancia inmensa. Los principios fundamentales de las ciencias son perfectos y verdaderos; podrá disputarse sobre su constitucion, sobre los efectos de su aplicacion, segun las circunstancias y las modificaciones que por ellas hayan podido esperimentar; pero no sobre su esencia, porque la constituyen las emanaciones de la divinidad comunicadas al hombre, ya por la revelacion, ya por ese sentimiento instintivo del espíritu por el que discierne la diferente naturaleza del bien y del mal

moral, formando así la base de la conciencia en conformidad con la recta razon. Mas para prevenir el desórden de encontradas opiniones que ofuzcan la inteligencia constituyéndola en un estado de perplegidad y de duda, en el que la razon fluctúa y parece haber perdido la luz que la dirige en su rumbo, deben darse á conocer las reglas que aseguren el discernimiento. Estas no son otras en mi concepto que la mayor ó menor relacion que las diferentes opiniones tengan con los principios fundamentales que constituyen la conciencia científica. Como en ellos está la verdad, toda idea que confluya con su recta aplicacion, todo concepto que, conservando su integridad, tienda solo á ensanchar la base de su utilidad práctica, puede desde luego considerarse como doctrina buena y aceptable que derrama nueva luz en el ya mas estenso espacio de la ciencia. Por el contrario, todo lo que directa ó indirectamente se oponga á la reconocida verdad que ha producido el sentimiento de los principios, lo que tienda á trastornarlos ó invertirlos, lo que, aun aparentando reconocerlos y acatarlos propende á contener su eficaz, inmediata y recta aplicacion, introduciendo otros agentes de actividad, con independencia de aquellos que la inteligencia y la razon tienen aceptados como suficientes y aun poderosos, para impulsar y conducir en todas direcciones el movimiento científico,

todo aquello, repito, es tan erróneo como pernicioso, porque propende á suplantar la verdad de los principios, á paralizar la eficacia de su accion, y á contrariar y torcer el movimiento siempre recto y progresivo de la ciencia. Cuando la opinion ó la doctrina que nuevamente se ofrecen al estudioso exámen dejan tranquilo el espíritu, lo afirman en las verdades reconocidas como evidentes, sostienen y aumentan con placer la actividad de la inteligencia, de tal modo que, sin separarse de la segura senda que aquellos le trazaron, anhela pasar y elevarse mas allá en álas de un nuevo pensamiento para llegar tal vez á descubrir otra brillante idea que contribuya á aumentar el caudal de la ciencia, entónces la opinion y la doctrina sobre ella establecida, son útiles y convenientes por los favorables resultados que producen, sosteniendo agradablemente la actividad de la inteligencia: mas si las nuevas doctrinas ponen en duda las verdades reconocidas como fundamentales, conmueven la conciencia científica, paralizan el constante afan estudioso, haciéndolo retroceder para sujetar á otro exámen lo mismo que ántes se habia reconocido como cierto y evidente, cuando por ellas se presenta á la vista otra senda que se separa esencialmente de la que se habia seguido como segura y buena; entónces, cuando á la actividad incesante de la inteligencia sustituye la penosa inquietud de

la duda, y despues de aceptada la nueva senda el espíritu no queda tranquilo, ni la conciencia de la verdad bastante satisfecha, tal opinion es sin duda inconveniente y peligrosa porque no contribuye á ensanchar la ciencia sobre su verdadera base, sino que se dirige á crearla nuevamente sobre otra distinta, convirtiendo así en pernicioso retroceso la progresiva marcha y acrecentamiento de la misma.

A vosotros, ilustrados Profesores, toca conducir á la juventud estudiosa por el recto y seguro camino de la ciencia, dándole á conocer las puras fuentes de la verdadera doctrina y las reglas para preservarla de los peligrosos errores. Vuestra conducta en esta parte, así como vuestra suficiencia para sosteneros en la digna altura de la noble mision que egerceis, son demasiado conocidas para que haya necesidad de recordarlas ni de enaltecerlas: tengo, sin embargo, que cumplir el grato deber de admirarlas.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, que ansiais adquirir y completar los conocimientos científicos de vuestras respectivas carreras, no perdais de vista que solo por medio de la mas constante aplicacion á el útil estudio, podeis llegar á conseguir aquel digno objeto y merecer el supremo título de sábios: no os separeis jamás de la inteligente direccion de vuestros ilustrados maestros, pues solo así lograreis evitar el escollo de los perniciosos errores en

el que los esfuerzos de la inteligencia individual no siempre son bastante poderosos para volver á alcanzar la luz de la verdadera ciencia. Hoy que con digna pompa veis colocar en las manos de vuestros mas aventajados compañeros el justo premio debido á su aplicacion y adelantos, emulad noblemente su merecida gloria, y redoblando vuestros estudiosos esfuerzos, aspirad á que mañana se publique tambien vuestro nombre entre los primeros de los sobresalientes.

S. M. la Reina Doña Isabel II, especial protectora de las ciencias y su ilustrado Gobierno que tan eficazmente secunda su noble pensamiento, se esfuerzan en proporcionar todos los elementos necesarios para la mas perfecta y estensa enseñanza, y le debemos tributo de amor respetuoso y adhesion sincera porque nada omiten de cuanto puede contribuir á vuestra mayor y mas sólida ilustracion. El digno gefe de esta Universidad, con celo infatigable atiende á realizar las mejoras y adelantos que mas eficazmente contribuyen á la perfeccion de la enseñanza; y si todo esto nos llena de singular satisfaccion, todavia abrigamos el deseo y tambien como fundada la esperanza de que esta Universidad literaria, cuna de tantas eminencias científicas, aumentará su numeroso catálogo con los nombres de muchos de los jóvenes alumnos que se hallan presentes.=HE DICHO.

MEMORIA

ACERCA

DEL ESTADO

DEL INSTITUTO PROVINCIAL

DE

SEGUNDA ENSEÑANZA

DE

JEREZ DE LA FRONTERA.